



Limpieza

DE TODO PECADO

Nací en el estado de Morelos, en una familia católica. Creíamos en Dios, pero nunca habíamos escuchado acerca de la salvación. Un día nos invitaron a mis padres y a mí a una reunión nominalmente cristiana, y allí escuché por primera vez acerca de la venida de Cristo y la necesidad de estar preparado. Sin embargo, aún me quedaba la duda de cómo era esta preparación.

Esa noche nos invitaron a “recibir a Cristo” repitiendo una oración, y yo, junto con mi familia, dije que sí, y después de hacer la oración de fe, nos declararon hijos de Dios a partir de ese momento.

Seguimos asistiendo a esa iglesia y abandonamos las creencias católicas, pero todo fue un cambio externo: cumplir con los diezmos, las asistencias y las buenas obras. Me emocionaba todo el contexto de ese lugar, pero estaba consciente de que no había un cambio real en mi vida privada.

En 1991 emigré a los Estados Unidos y allá seguí cumpliendo mis deberes religiosos los domingos, pensando que Dios no perdonaba a menos de que mi vida fuera perfecta. Me sentía tranquila porque consideraba que estaba viviendo una vida buena a los ojos de Dios.

Por trabajo tuve que mudarme de ciudad varias veces, y perdí el contacto con la iglesia y con Dios también. Así continué con mi vida, sin temor a Dios, viviendo de la manera más conveniente para mí.

Un sábado en 2007, fui a visitar a los familiares de mi pareja que vivían en otra ciudad, y estando allí llegó un hombre americano que me entregó un folleto evangelístico y me invitó a unas reuniones bíblicas en español.

Esa noche escuché acerca de la salvación bíblica. Hablaron de Romanos 3.23: “No hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”. Yo me aferraba a esa oración de fe que había hecho en Morelos años antes, y me excluía de aquellos que estaban condenados por sus pecados.

Pero al siguiente día escuché Efesios 2.8: Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”, y me di cuenta de que mis obras no podían sustentar mi relación con Dios, porque la salvación es un regalo.

De vuelta en México, recibimos la visita de aquellos hombres que nos habían predicado en EE.UU. Como tuvieron reuniones cerca de nuestra casa, asistí

todas las noches. Inquieta por el estado eterno de mi alma, me preguntaba: “Si esta noche muriera, ¿dónde estaría mi alma?”. Yo ya entendía que a causa de mis pecados mi destino era el lago de fuego.

El siguiente año, un versículo tocó mi alma profundamente: “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1.7). Esa verdad de que Él podía perdonar todos mis pecados me hizo comprender la obra completa de Cristo en la cruz a mi favor. Cuando Él dijo: “Consumado es”, toda mi deuda fue pagada. Así, el 23 de agosto de 2013 fui salva y la carga de mis pecados fue quitada. La obra completa de Cristo no solo es vigente para mí hoy, sino también para todo aquel que cree en Él.



Josefina Montaña



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com